

mada con nuestra sangre, revelada en nuestra misma palabra, es puesta á nuestros dolores, á nuestras mismas tribulaciones, vertiendo lágrimas, y llegando hasta la muerte; para que así la verdad hablara á todo el hombre, á nuestra carne, á nuestra sangre, á nuestra palabra, á nuestros dolores, á nuestras tribulaciones, á nuestras lágrimas, á nuestra muerte como hablaba al corazón y á la inteligencia. Y por eso Dios se hizo hombre, y habitó entre nosotros, y tuvo frío en el establo, y hambre en el desierto, y tentaciones en la soledad, y escarnios en su predicación, y enemigos en su camino, y discípulos que lo vendieran y lo negaran, y miedo en el instante de apurar su cáliz, y desesperación cuando preguntaba al cielo por qué le había abandonado, y amargura cuando apuró la hiel y vinagre, y paciencia cuando el pueblo movía con mofa la cabeza diciéndole que bajara de la cruz: y dolor y angustia sobre todos los dolores y todas las angustias del mundo, cuando su cuerpo desfallecido por la última herida de la muerte se desplomaba bajo sus desgarradores clavos, y su alma se exhalaba de sus cárdenos labios con el último aliento de la vida; y solo así pudo decirnos que le siguiéramos hasta el sacrificio como él nos había seguido hasta la muerte.

Inmediatamente después de la fundación de la Iglesia, debían formularse las promesas de la nueva religión á los mortales. El porvenir debía centellear á los ojos de esta religión con luz desconocida y siempre nueva. El primer paso del cristianismo debía levantar en el mundo una guerra sin tregua; pero una guerra en que no sabrían matar, sino morir sus discípulos. Las instituciones privilegiadas, los dioses materialistas, los falsos oráculos, las religiones fantásticas y magas, las aristocracias teocráticas debían levantarse, interponerse en su camino, cerrarles todas las vías con fuego y sangre, porque el espiritualismo cristiano había de destruir y aniquilar la antigua organización religiosa, que llevaba en su seno la desigualdad natural, y como en consecuencia precisa, la esclavitud de los hombres. La guerra como decía Jesús, la guerra inmediata es la consecuencia de la predicación de la doctrina; pero guerra en que unos derramarán sangre humana y otras palabras de amor y de consuelo hasta sobre sus mismos verdugos. De esta guerra saldrá la paz. Jesús reconoce que es necesario luchar para que llegue algún día la hora del descanso. En su doctrina tiene fé, y aún tiene fé mayor, si cabe, en el triunfo de su doctrina. El grano arrojado en el campo brotará con fuerza. El rayo del sol le dará vida, la tierra jugos, las aguas alimento, y hasta el

huracán y la tempestad, y el soplo abrasador lo sazonarán para el día feliz de la cosecha. Un poco de levadura arrojado en la harina hará la sabrosa masa del pan de la vida, que ha de hartar las generaciones hambrientas de justicia. Sí, Jesús promete que una lágrima suya caída en nuestra vida, una palabra suya depositada en el seno inmortal de nuestra conciencia, una gota de sangre suya infundida en nuestras venas, un suspiro suyo derramado en nuestro corazón, un beso de eterno amor suspendido en nuestros labios, un reflejo de conciencia caído como un resplandor del cielo sobre nuestra alma, bastarán para matar la injusticia, para encadenar el privilegio, para unir en paz y amor á todos los hombres, para fundar la libertad natural, para restaurar la noción del bien borrada de nuestra mente; y esta misma confianza tenemos nosotros, hijos del siglo XIX, en que el Evangelio así como ha sido una idea religiosa para los siglos pasados ha de ser para los siglos futuros, además de una idea religiosa, que es su principal carácter, una gran idea social, que haga imposible para siempre la servidumbre entre los hombres, dilatando la verdad hasta los últimos límites y las últimas razas de la tierra. Pero no es solamente la promesa del reino de Dios en la tierra, lo que nos guarda Jesucristo. Su mirada se levanta más allá, y se pierde en el cielo, de quien es enviado. Y con los ojos puestos en el cielo enseña que pasarán todas las cosas como sombras vanas, se apagarán los astros como pavesas arrastradas por el viento, y vivirá este gusanillo de la tierra, que se llama hombre. La inmortalidad del alma tan clara, tan manifiesta en las páginas divinas del Evangelio, es la verdad, que más ha exaltado nuestra naturaleza. Mas para que el alma no caiga en eternas sombras, en fuego eterno, no es necesario que su tránsito por la tierra sea tan puro como el vuelo de la paloma por el cielo, por que el camino de la vida es áspero, los obstáculos muchos, nuestras fuerzas pocas, los dolores incesantes, el cáliz de amargura siempre está rebotando sobre nuestros labios, y un día vendrá á resucitarnos la muerte para conducirnos en presencia de nuestro eterno juez, y es preciso que nos encuentre cumpliendo el deber, practicando la virtud, ocupados en el trabajo, que es la ley de nuestra existencia, con la luz de la conciencia encendida y viva, para que así nuestra alma repose eternamente en el regazo de Dios.

Pero la primer pregunta que al mundo incrédulo de aquella edad se ocurre es ¿quién será este hombre que así se levanta sobre los demás hombres? Jesucristo se ofrece desde luego como el hijo de Dios

porque solo siendo hijo de Dios podía restaurar la inocencia perdida, y encadenar el mal por un medio sobrenatural, y con una eficacia incontrastable, porque solo siendo hijo de Dios era la gracia; y al mismo tiempo, Jesucristo se ofrece como hijo del hombre, porque solo siendo hijo del hombre, sujeto á la ley de nuestra vida, podía ofrecer un modelo imitable para el hombre, un ideal adsequible á nuestra flaca naturaleza; porque si como hijo de Dios era la gracia y el cielo, como hijo del hombre era la libertad y la vida. Así Jesucristo debía hacer su obra permanente, y debía asociar á esa obra todos los hombres. No bastaba que hubiera aparecido un día en un rincón del espacio el Dios-Hombre, era necesario que su imágen y su doctrina se difundiese por toda la tierra y se dilatase por todos los tiempos. En el hombre hay dos fases; una individual, otra social. Para hacer religiosa la manifestación individual de nuestra naturaleza, Jesús establece la oración; para hacer religiosa la manifestación social, Jesús establece la Iglesia. En ella se deben asociar todos los hombres en ella se debe realizar una de las grandes categorías cristianas la fraternidad universal. Así la Iglesia es como la misteriosa lámpara que ha de guardar la esencia resplandeciente del Cristianismo, como el ara eterna donde ha de recibir el Dios de la humanidad el eterno sacrificio espiritual, distinto de los antiguos sacrificios sangrientos. De la Iglesia antigua, de la Sinagoga, solo quedaba cuando apareció el Salvador ritos sin espíritu, ceremonias sin sentido, prácticas sin trascendencia espiritual, un cuerpo sin alma. Era necesario fundar la Iglesia universal, la Iglesia del espíritu sobre los restos de los antiguos templos. Esta divina misión fué confiada á San Pedro, como atestiguan todos los Evangelistas. Para entrar en la Iglesia de Jesucristo es necesario el bautismo en cuyas limpias y transparentes aguas se bañaba el espíritu recobrando toda su pristina pureza, toda la transparencia que tenía, cuando volaba desde el seno de Dios al seno del hombre en el primer instante de la creación; y para perpetuarse en la Iglesia es necesaria la comunión del hombre con su Dios, que en la última cena dejó á los mortales su sangre y su cuerpo como les había dejado en su testamento su espíritu para que se confundieran con Jesucristo, y se identificaran con su doctrina y con su vida.

No se debe, pues, confundir el Cristianismo con ninguna de las sectas de su tiempo. Dentro del judaísmo, donde la doctrina cristiana aparece, no tiene más precedente que el precedente religioso, los símbolos de la ley, las predicciones de los profetas. Pero el Cristianismo no se parece

al fariseísmo, porque este es una religión material del sentido, exclusiva egoísta, aislada, que nada dá al espíritu y todo á la letra, que hace constituir el bien en las ceremonias y no en las prácticas de la virtud, que busca en el hombre la obediencia pasiva y no la libertad, que no trata de investigar la bondad del espíritu, sino de la devoción exterior, la oración dicha á grandes voces, el sacrificio celebrado en medio de grande y portentoso fausto, religión hipócrita, que trata de engañar á Dios como engaña á los hombres, religión que es una recrudescencia del mal, porque hace cómplice de sus vicios las ideas más venerandas y sagradas, religión que ha sido herida de muerte y condenada para siempre por el Divino fundador del Evangelio. El fariseísmo, pues, tal como era en tiempo de Jesús, no podía constituir una religión, no podía ser un precedente de la verdad cristiana. Es verdad que había hecho un gran servicio al mundo conservando puras las ideas de Israel; es verdad que había elevado al pueblo sobre todos los pueblos de la tierra, dándole aquella constancia sin la cual nunca hubiera cumplido su destino religioso é histórico; pero también es cierto, que sobradamente apegado á sus tradiciones, había vuelto la vista á sus espaldas, había petrificado su doctrina, y había hecho de todas las ideas religiosas de su siglo como altares sin dioses, como símbolos sin sentido, como cuerpos sin alma. Y si del fariseísmo no se había derivado el cristianismo, ménos aún podía derivarse del sentido religioso de los saduceos. Estos querían doblegarse ante todas las gentes, mientras Jesucristo imponía á todas las gentes sus doctrinas. Estos eran como esclavos que obedecen á todos los señores, y su conciencia como el móvil espejo de las aguas, que reflejan todos los objetos, mientras Jesucristo iba á concluir con toda la esclavitud del espíritu, y á derramar en todas las conciencias oscurecidas y empañadas su divina idea. Con la secta que más relaciones, según el vulgar sentir, tiene el cristianismo, es con la secta de los esenios. Nosotros no negamos alguna semejanza en particularidades de las dos doctrinas pero no reconocemos paridad ninguna en el fondo. El cristiano como el esenio es humilde, el cristiano como el esenio desprecia las riquezas, el cristiano como el esenio quiere un culto más espiritual que el culto antiguo, el cristiano como el esenio se aparta de la sinagoga; pero el cristiano tiene sobre el esenio la verdad de su Dios, la ley moral positiva y práctica, el sentimiento de justicia que acoge á todos los hombres, la universalidad de su doctrina superior á tiempos y á climas, y aquel amor á la humanidad que le hará vencer y dome-

fiar todas las fuerzas del mundo congregadas en su dafío, porque el cristiano es el duefio de Iporvenir y el soldado de Dios. No queremos hablar de las doctrinas religiosas, que habian perdido el sentido purísimo de Israel, no queremos hablar de la Kábala, que era en el judaismo lo que el panteon de Roma en el paganismo, pues recibiendo todas las theurgias, congregando todos los dioses, admitiendo para interpretar sus ideas, la religion de la Persia, de los Egipcios, de los Caldeos, de los Indios mismos, habian hecho de aquella religion ántes sencilla, concreta, clara, un caos, en que vagaban perdidas, aglomeradas, como en un sábadó infernal, todas las ideas religiosas del Oriente. No juzguemos por Dios, señores, este momento supremo de la historia con las ideas estrechas y vulgares de nuestras preocupaciones. Levantémonos sobre todo espíritu de secta, y tendiendo los ojos al mundo, miremos su estado, su situacion extraordinaria. El espíritu humano habia llegado á sus mas altas ideas, á sus mas sublimes concepciones, en la escuela platónica y en la escuela estóica; el derecho romano, rompiendo el recinto de la ciudad, se levantaba como una corona de luz sobre la frente de todas las razas; el paganismo sentia deslizarse bajo su corona de verbena, bajo su manto de estrellas, en la copa donde libaba su vida, el veneno de una muerte cierta, y enviaba al panteon todos sus dioses como si tratara de ponerlos bajo el amparo incontrastable de Roma; la antigua ciencia del Oriente iba á Alejandría á pedir auxilio á su eterna enemiga la ciencia de Occidente para contrastar la nueva religion; el mundo, como blanda cera, se dejaba modelar por las manos de Roma; las razas perdian sus instintos de aislamiento y de egoismo y se abrazaban bajo la idea de humanidad; un presentimiento de una nueva verdad, de un nuevo Dios agitaba la conciencia de pensadores como Séneca, y la lira de poetas como Virgilio; el hombre sentia en su seno esa tristeza que se apodera de las generaciones cuando van á entrar en grandes luchas, cuando van á cumplir grandiosos destinos; y en esta situacion extraordinaria del espíritu, el cielo mandó sobre la tierra su luz, su Verbo, el cristianismo, para que anegara los tiempos pasados y diera una nueva edad de justicia y de derecho á su hija predilecta, á la sublime humanidad.

¡Feliz la generacion que vió á Jesucristo, que pudo distinguir sus huellas mas luminosas que la estela en el mar, y oír su palabra mas regalada que la fresca brisa sobre la abrasada faz del caminante perdido en el desierto; y contemplar su figura ideal casta, hermosísima; y

recoger su mirada mas dulce que el primer reflejo de la primer estrella de la tarde; y ver sus maravillosísimos milagros; y contemplar su peregrinacion por la tierra, su amor al pobre, su compasion por el desvalido, sus tiernos coloquios con el hijo del pueblo despreciado por la antigua sabiduría; y recibir de sus labios, de sus mismos labios tan puros como la primera flor que abrió su caliz sobre la creacion, aquella doctrina, sencilla como un idilio, como una égloga, y profunda é inagotable como no lo fué ni será nunca la mas sublime filosofia, aquella doctrina, que se levantaba sobre tantos errores, aquella doctrina que el Salvador daba á sus discípulos sencilla, amorosamente, ajustándose á sus necesidades y á su espíritu como el ave dá á sus hijuelos en el nido el dorado grano de trigo; y felices los que recogieron aquella eterna palabra, que habia de ser el eterno eje de la civilizacion, la esencia del espíritu! Pero, señores, no nos dejemos llevar de nuestras preocupaciones, no doblemos la frente al materialismo, no creamos mas felices que nosotros á los que vieron á Jesus, á los que tocaron sus ropas, á los que oyeron su palabra; porque nosotros, que hemos oído su voz repetida, por diez y nueve siglos, que hemos visto su doctrina triunfando de todos sus enemigos, que tocamos sus obras, que asistimos á su reino, que vemos la mujer convertida a su dignidad primitiva, el esclavo emancipado, la igualdad religiosa y civil garantida, la civilizacion dilatada, el espiritualismo cristiano reinando en la mayor parte de la tierra, somos mas felices, mucho mas felices que los que vieron á Dios, y no le entendieron, que los que escucharon su doctrina, y no acertaron cómo esa doctrina habia de cambiar el rumbo de la historia; cómo esa doctrina, no era solo una nueva teología, una nueva ciencia, sino tambien una nueva vida.

Y en efecto, señores, los primeros cristianos que rodeaban al Salvador, no comprendieron toda la estension de su doctrina, toda la universalidad de sus ideas. Encerrados en la antigua Sinagoga, no tenían valor para apartarse del pié de su altar. Creían que al pisar las puertas del templo, les habia de sorprender y herir el rayo de la cólera divina, si no conservaban puro el depósito de su antigua fé, de su primera doctrina. Así los primeros discípulos: á pesar de haber oído aquella palabra de Cristo tan estensa como el cielo, y aquellos latidos de su corazon, en el cual cabia toda la humanidad; apegados á sus antiguas tradiciones creían que Jesus habia venido á fundar un reino transitorio, á restaurar el antiguo reino de Israel. Y los primitivos cristianos, las primeras muchedumbres que se acercaron á ver

á los Apóstoles, interpretaban su doctrina en el sentido de que Jesus no habia venido á renovar el espíritu religioso de los hebreos, sino á confirmarlo. Creían que Jesus era solo un continuador de Moisés, y su doctrina un apéndice de la Biblia, y su templo una piedra mas en los fundamentos de la antigua Sinagoga. No comprendían que la ley antigua era un símbolo y la nueva ley un espíritu; que la ley antigua era un resplandor y la nueva ley un eterno día, que la antigua ley era un prólogo, y la nueva ley la fórmula última de toda la verdad religiosa. Jesucristo para ellos habia venido á demostrar la verdad de la ley antigua, á manifestar la gloria del Dios de Judá, á afirmar la vida de Israel y estender su dominio por toda la tierra. Los dos partidos principales en que se dividía Israel, muestran con su conducta respecto á los primitivos cristianos cuán fundada es nuestra observación. Los fariseos, tan enemigos de Cristo, en el instante en que oyeron á los primeros cristianos predicar transacciones con la Sinagoga, se inclinaron, no á favorecer, pero sí á tolerar su doctrina, como una nueva arma empleada contra el poder romano, como un nuevo elemento de disturbio en aquella Jerusalem sujeta á extranjero yugo, como un nuevo espíritu de revolucion derramado en los aires. Los saduceos eran mas enemigos de los cristianos, porque siempre inclinados á transigir con Roma, temían que Roma, al ver aquella gran agitacion en los ánimos, aquellas extraordinarias luchas en las conciencias, recrudesciese su persecucion y remachase sus cadenas. Así se levantaba, señores, timidamente el primer tallo de esta doctrina santísima sembrada por el Salvador en la conciencia humana, para convertirse bien pronto en un árbol de vida destinado á proteger y amparar bajo su benéfica sombra á toda la humanidad.

Los Apóstoles continuaban la inspiracion de su Divino maestro. El cristianismo tenia una fuerza incontrastable, primero por su carácter divino, despues por su carácter popular. Todas las señales que daba eran señales de la revolucion de la vida y del espíritu. Las antiguas religiones no podían ser universales, porque ocultaban el dogma sigilosamente al pueblo, y lo reducían á la privilegiada casta sacerdotal. La antigua filosofía, que por ser mas humana debia ser mas popular, no daba sus dogmas al pueblo. Solamente Sócrates habia conversado con las muchedumbres, y Sócrates pagó su atrevimiento con la vida. Los cínicos solían salir á la plaza á predicar una ciencia con el ejemplo, y los cínicos recogían el desprecio. Las grandes antiguas escuelas ocultaban sus dogmas al pueblo; como las

religiones orientales. La verdad era patrimonio de unos pocos elegidos por sus virtudes y por su talento. Pero cuando apareció el cristianismo, cuando Jesus y sus apóstoles comenzaron su larga, su trabajosa peregrinacion por la tierra, las grandes verdades metafísicas y las grandes verdades morales, como la naturaleza de Dios, la venida de su eterno Verbo, la realidad de su Providencia, la libertad humana, la vida infinita del alma, fueron sostenidas, predicadas, difundidas al aire libre, en los campos, junto á la barca del pescador, para que el espíritu y la verdad dejasen de ser patrimonio de una clase y pasaran á ser patrimonio de todo el pueblo. Hé aquí por qué, aun humanamente explicado el cristianismo, su doctrina descendió á todos los corazones, se llevó tras sí todas las inteligencias, cambió el aspecto del mundo, se asentó en el alto Capitolio; porque despues de tanto calumniar á las muchedumbres, solo las muchedumbres dan soldados para las grandes luchas y mártires á las grandes causas. Los Apóstoles, para no inspirar desconfianza en el ánimo del pueblo, explicaban la verdad en el estilo y en el sentido bíblico. Y el pueblo gustaba de sus predicaciones; porque mientras los intérpretes antiguos se afanaban por buscar un sentido á la ley, una interpretacion superior á la doctrina, los Apóstoles que habian encontrado la verdad, que habian visto la doctrina cierta, conocían la interpretacion de las escrituras, y mostraban la realidad y el espíritu de sus símbolos. Y así parecia que el cántico de los antiguos profetas tomaba un carácter mas solemne, y la ley un aspecto mas majestuoso, y la ciencia un sentido mas universal, con esta interpretacion sublime que explicaba por lo presente, lo pasado, y por el Dios del Calvario, el Dios de Abraham. Así poco á poco las inteligencias habian seguido el camino abierto por la palabra del Salvador.

A pesar de esta corriente natural de los espíritus, los cristianos verdaderos conocían que su doctrina les habia de separar de la Sinagoga. No era posible que los fariseos creyeran en la verdad de un Dios nacido en pobre cuna, criado entre artesanos, rendido bajo el peso del dolor, muerto en una cruz. No podían imaginarse que el Mesías hubiese venido, y en vez de verter la sangre de los romanos hubiera consentido en verter tan solo su propia sangre. El Mesías en la tierra y los romanos en el trono eran dos ideas, que se excluían en la conciencia de los fariseos. Sobre todo, el misterio del dolor, los torrentes de lágrimas vertidas, la sangre derramada en la tierra, la vida atribulada, la muerte del Salvador, todo esto que era la fuente

del consuelo y de la esperanza de los cristianos; toda esta pasión que llamaba con mas fuerza á los elegidos á padecer por el bien de la humanidad y por el desagravio del cielo, era para los fariseos, para los sacerdotes de la ley antigua, para el pueblo judío, una prueba de que el cristianismo no pasaba de una secta humana, sujeta á todas las tribulaciones y congojas de la vida; pues nublados sus ojos por el polvo de la tierra, no podían levantarse á mirar la luz celeste, que inundaba la frente moribunda del hijo de Dios, cuyo último suspiro envolvía la vida de la humanidad. Hé aquí, señores, cómo la muerte del Salvador que unía en un sentimiento fraternal á los cristianos, separaba y desunía á los fariseos. Los cristianos reconocían que esta separación era inevitable. Y como la verdad cristiana, universal, infinita, eterna, tiene dogmas para todas las grandes crisis del espíritu humano, en esta edad, en este trance superior de la vida, los Apóstoles pintaban á los ojos de sus recelosos discípulos, y al frente de los incrédulos fariseos, para contrastar la venida del Salvador pobre y humilde en una cruz, aquella otra venida, que se consumará al fin de los siglos, en una nube mas sublime que la nube del Sinaí; rodeado con todo el esplendor de la gloria, ceñidas las sienes de la luz increada, rompiendo los sellos del libro de la vida, y juzgando á todos los hombres confundidos ante su majestad y grandeza. Pero si esta gran creencia afirmaba mas y mas el espíritu de los cristianos en la verdad revelada, separaba mas y mas del cristianismo á los fariseos, que no creían que pudiese disponer del rayo y de las nubes el que no había desencadenado la tempestad sobre los enemigos de su pueblo. El rompimiento con la Sinagoga era inminente. Los cristianos presentían que el martirio había de ser su porvenir; y rígidos y austeros, tomaban el martirio por una esperanza, y el dolor por un premio. Presentían que en cambio de aquella verdad, de aquella fé, de aquella esperanza de salud traídas por su palabra y por su ejemplo, el mundo había de prepararles martirios sin número, y que las llamas, las fieras de los bosques, las piedras de las calles, los hondos calabozos, el potro, el tormento eran todo su porvenir en esta vida de dolor y de tribulaciones, y sin embargo, con rostro sereno, con la sonrisa en los labios, se apercebían á abrazarse á su cruz y á tomar el camino sembrado de espinas, que conducía al martirio.

Como se ve, la fé en Jesucristo había transformado al hombre. De la decadencia moral y material del mundo antiguo, el cristianismo había sacado mártires. Una doctrina, que comienza inspirando este

amor á la verdad y este desamor á la vida, ha de ser necesariamente una doctrina de salud para el espíritu, de salvación para el hombre. Sin embargo, el espíritu humano ama todo cuanto le ha pertenecido, todo cuanto ha adorado. Así como el hombre no puede mirar con indiferencia su cuna y su patria, el espíritu no puede abandonar de una vez sus antiguas primeras ideas, que han sido como la patria de su espíritu. Y por eso los primeros cristianos, á pesar de la enseñanza continua y viva de los Apóstoles, no acertaban á salir de la Sinagoga para entrar en la Iglesia. Miraban á Jesucristo por un lado, bajo un aspecto, verdadero sí, pero incompleto: veían en el Salvador el hijo de David, el león de Judá, el prometido por Jacob, el Salvador de Israel; pero no se acordaban de aquella otra fase mas bella y verdadera, no se acordaban que Jesucristo era también el hijo de Dios, el Verbo encarnado, el prometido á todas las naciones, el Salvador de la humanidad. Este olvido exagerado por algunos, dió origen en el nacimiento del cristianismo á una secta, que en mi sentir, es la transformación de los esenios, secta, que amaba á Dios por su miseria, por sus desgracias, por sus padecimientos, por su muerte; pero que le creía un hombre divinizado, como el ateísmo pagano imaginaba á sus dioses, y no un Dios humanizado como enseñaba el Evangelio. Pero esta tendencia primera de los espíritus, pronto se ahogó y quedó como perdida en los mares de vida, que la nueva doctrina daba de sí, en el entusiasmo y la fé de sus elegidos, en la inspiración divina de sus Apóstoles.

Los judíos convertidos al cristianismo celebraban todos los ritos y todas las ceremonias de la antigua ley, se circuncidaban como hijos que eran de los hebreos, hacían sus oraciones á las horas prescritas por el antiguo testamento, iban á la Sinagoga y á las asambleas de los judíos, observaban los ayunos mandados por los ritos, ofrecían sacrificios en el ara antigua, celebraban las grandes fiestas nacionales, y doblaban la cerviz ante los sacerdotes del antiguo culto, y abominaban de los paganos. Es verdad que San Pedro, jefe de la Iglesia visible, va á recibir en la nueva Iglesia al Centurion pagano; pero lo hace por un aviso celeste, por un mensaje divino, y cuando le estrecha contra su corazón, los discípulos se ofenden y se maravillan de que tienda los brazos á un incircunciso. Esto prueba que si la revelación es una verdad eterna y absoluta, la inteligencia humana para abrazarla y seguirla, necesita someterse y sujetarse á las condiciones propias de su naturaleza. Por eso, los primeros cristianos de ninguna

suerte se atrevían á romper con la Sinagoga, á separarse del antiguo templo.

Una de las primeras manifestaciones del cristianismo primitivo es la de Santiago; aquel Apóstol justo entre los justos, elegido entre los elegidos, á quien el pueblo desde su niñez llamaba santo, que no había bebido en toda su vida vino ni comido carne, que no se había cortado nunca el cabello, ni se había valido de los aceites y perfumes orientales, que vestía de lino, y jamás se había cubierto de lana ni de púrpura, siempre en penitencia, siempre de rodillas, siempre orando por el pueblo, y que en una carta dirigida á los fieles, carta escrita con aquel entusiasmo de la primitiva Iglesia, les persuade á abandonar las riquezas del mundo, y á buscar la verdadera riqueza y la verdadera vida en el seno amoroso de Dios, y en el conocimiento de su doctrina; carta santísima, que muestra cómo los primeros cristianos, que así rompían los lazos del mundo, debían propagar su doctrina, y vencer á todos sus enemigos faltos de esa virtud celeste, que se llama fé.

Pero como se ve, había una tendencia particular en el seno de los primeros cristianos, la tendencia á conservar unida la Iglesia y la Sinagoga. El jefe, el símbolo de esta idea, será siempre San Pedro. Dios en sus altos designios le había elegido para jefe de la Iglesia. Desde el principio de los tiempos se ve claramente en su vida y en su persona ese apego á la tradición, ese amor al templo de sus padres, ese deseo de no romper con la antigüedad, ese instinto de conservación, que ha de ser el carácter particular del Pontificado en toda su dilatada historia. San Pedro quiere hacer la propaganda de su idea entre los judíos, cree que los circuncidados son más aptos á recibir la verdad que los incircuncisos, sostiene cuanto le es dable la primitiva Iglesia á la sombra del antiguo templo, y reúne así á su alrededor, gran parte de los mismos, que meneando la cabeza con incredulidad decían al Salvador "si eres hijo de Dios, baja de la cruz." Ya hemos explicado que esta tendencia es natural en la primitiva Iglesia como era natural que los discípulos aún no bien instruidos en la doctrina del divino Maestro, le preguntaran si trataba de fundar el reino de un día en un rincón del espacio.

Pero la Iglesia universal, que es la verdad, bien pronto entrará en otra tendencia más universal, en otra idea más amplia y más grande, que corone todo el edificio maravilloso en este primer siglo. Los individuos podrán tener esta ó la otra tendencia, las sectas caerán en es-

ta ó la otra preocupación; los apóstoles mismos, aunque llenos del Espíritu Santo, podrán vacilar en separarse del antiguo templo; pero la Iglesia, que es la verdad eterna, la Iglesia, que es infalible, dirá á los espíritus, reunida en medio de la tempestad y las persecuciones, cuál es el pensamiento del Salvador, cuál es el espíritu divino del Verbo. Y se comprenderá que es necesario romper los ritos de la ley antigua, porque van á venir los ritos de la nueva ley; abandonar el Santuario, porque Jesús ha sido el Santuario verdadero de Dios; despedirse de la montaña de Sion, porque la montaña de Sion es como un grano de polvo ante toda la tierra entregada á la predicación de los Apóstoles, elevar el pueblo de Israel del fondo de su egoísmo al amor divino de todas las razas; respetar en la Biblia el prólogo, el prólogo de toda revelación, pero ver en el Evangelio el resumen de toda la verdad; separarse de las ceremonias antiguas para recordar el gran sacrificio del Calvario; predicar, no al circunciso, no al griego ni al romano, sino al hombre; recoger á todo el que pida luz sin preguntarle cuál fué su ley, cuál su doctrina; proclamar que en Jesucristo está Dios, que en el Evangelio está toda la verdad, que en la Iglesia caben todos los hombres, que la humanidad debe ser como una familia de hermanos, que el bautismo es, sin necesidad de la circuncisión, toda la salud, toda la gracia.

Esta mirada superior, iba á ser pronto, muy pronto el sentido de toda la Iglesia, el espíritu de toda su doctrina. Pero esta doctrina, como ninguna otra, debía excitar el odio de los fariseos y de la muchedumbre, y debía traer sobre los Apóstoles una persecución encarnizada y cruel. Los fariseos habían visto con indiferencia la predicación cristiana, la habían oído dentro de sus mismas asambleas y de sus sinagogas, y Gamaliel había interpuesto su pecho sagrado entre el furor del pueblo escogido y la vida de los Apóstoles. Los fariseos creían que la predicación del cristianismo, removiendo los espíritus, exaltando las muchedumbres, había de traer una sublevación contra Roma, y una sublevación entusiasta y heroica. No conocían que el cristianismo, al revés de todas las revoluciones políticas, debía renovar primero el espíritu del hombre, para que después el espíritu del hombre renovara todo el Universo. Y como creían que el cristianismo era una revolución política, en su dura servidumbre, lo acariciaban como un auxiliar de su doctrina, como un elemento de discordia lanzado en el seno del Imperio. Pero cuál no había de ser su espanto, cuando supieran que el cristianismo se apartaba de la Sinagoga, que

no quería la circuncision, que olvidaba los ritos mosaicos, que se dirigia á conquistar tambien para su reino á los antiguos enemigos de Israel, al griego, al romano, á los que en aquel instante hollaban la majestad de Jerusalem. Todo el fuego de la tierra, toda la ira de que es capaz el corazon humano, todas las piedras del camino no bastarian para perseguir aquellos profanos, enemigos de Dios, de su templo y de su ley. El furor semita es implacable como las nubes de sus tempestades y abrasador como las arenas de su desierto, y al mismo tiempo astuto como los tigres de sus bosques. Y el furor semita debia crecer, debia llegar á su colmo, cuando oyera que todos los pueblos se creian hijos y herederos de Dios, que todas las razas iban á aspirar á la dignidad primitiva del sacerdocio. Pero esta persecucion iba á ser como el látigo, que heria las espaldas de los elegidos del Señor, obligándoles á recorrer toda la tierra para sembrar á los cuatro vientos la semilla de su doctrina.

El hombre privilegiado, que debia señalar primero la necesidad de apartar la Iglesia de la Sinagoga, era San Estéban. Este jóven elocuentísimo, educado en la ciencia griega, dueño de una palabra fácil, abundante y entusiasta, inundado de celeste hermosura, se llevaba tras sí los espíritus y los corazones, predicando con entusiasmo la doctrina santa del progreso de la Iglesia, la doctrina que tendia á dilatar el cristianismo sobre la frente de todas las razas; doctrina, que caia como una amenaza de muerte sobre los fariseos, y sobre su gente, porque les arrancaba de las manos las varas de los patriarcas, las ofrendas del sacerdocio. Un dia que predicaba á la puerta del templo, los fariseos se movieron á indignacion; se levantaron contra aquella doctrina, hirieron el cielo con sus gritos, y el furor poseyó sus corazones abiertos siempre al odio y á la venganza. Uno de ellos recogió del suelo una piedra, señaló al jóven como herético, y alejandrino, y gnóstico, y le hirió en la frente. Desde este punto, la ira no reconoció límites, y salió de madre. El jóven tribuno del cristianismo, cayó herido bajo aquellas piedras, y exhaló su alma. ¡Oh! Su sangre fué la primer sangre cristiana, que despues de la de Jesucristo roció la tierra; sangre fecunda, de la cual habia de brotar una nueva idea en el seno inmortal del cristianismo. Desde este punto ya no habia esperanza de que los cristianos encontraran paz en Jerusalem, y espiancion en su Templo. Desde este momento supremo de la historia universal, suena la hora de la dispersion de los Apóstoles. Así como en Jerusalem y en el cenáculo habian recibido el espíritu de Dios, en

el destierro, en los pueblos que encontraron á su paso, recibieron el espíritu de la humanidad. Abrasados por la sed anhelante de lo infinito, destiando de sus labios palabras de verdad y de amor, prontos á todo sacrificio, sin temor ni á las persecuciones ni al martirio, saliendo al encuentro de todas las razas dispersas y enemigas y predicando á todos la fé y la esperanza, dejando por los territorios que pisaban las huellas inmortales de sus doctrinas, de sus ideas; dispuestos á trasformar el mundo, á ganar la humanidad entera para su causa, aquellos hombres, sin mas arma que su palabra, sin mas escudo que su inocencia, sin mas auxilio que su justicia, pobres pescadores, rudos é incultos, pero llenos del espíritu de Dios, y de amor á su santa causa, desafian el tormento, amenazan á los emperadores, se deslizan en el hogar doméstico y cautivan para la verdad el corazon de la mujer, se inclinan sobre el polvo donde llora el esclavo y le señalan el cielo como principio de su libertad y á Dios como padre de su alma, convierten con los sofistas y los ganan á la verdadera ciencia, derraman en los aires sus palabras y hacen temblar á los ídolos que se desploman de sus altares; y á pesar de las espadas que les cierran el paso, de las hogueras encendidas, y atizadas en su daño, de las persecuciones sin número, de la perenne tribulacion que les rodea, realizan la revolucion mas grande que han presenciado los siglos, sin derramar mas sangre que su propia sangre, y sin pedir mas sacrificios que el sacrificio de su propia vida.

Nada mas tierno que los martirios de estos primeros defensores de la verdad tal como la tradicion eclesiástica nos los ha legado. Santiago, aquel Apóstol que habia pasado su vida orando al pié de los altares para pedir á Dios el perdon del pueblo, que habia evangelizado tantas regiones, que habia vertido la paz del Señor en tantas conciencias, por sus virtudes, por su fé, es delatado á Herodes, el cual por complacer á los judíos irritados contra la direccion humanitaria que el cristianismo, lo envia al martirio, y se gozaron en presenciar su muerte. Su delator se sintió de tal manera herido por el remordimiento de su infame accion, que fué á pedir perdon de rodillas á Santiago, el cual le dió el beso de paz y lo llevó á su lado, y murieron juntamente, invocando el auxilio de Jesucristo. El mismo San Pedro, el mas tolerante de los apóstoles en la Sinagoga, el que ménos queria apartarse de sus bóvedas y de su culto fué maniatado y puesto en hondo calabozo, para que la voz de su predicacion no trascendiera á las gentes, no se escuchara en el mundo; pero la Providencia que